



## **Discurso de Lord Triesman of Tottenham**

**Ministro de Relaciones Exteriores Británico  
Responsable para América Latina y el Caribe**

**Cena para Embajadores en el Centro de Estudios Canning House  
Londres, 28 de febrero de 2006**

Cuando fui designado por primera vez como ministro del Reino Unido responsable para América Latina y el Caribe, además de otros lugares, amables amigos me señalaron su temor de que prestábamos demasiada poca atención a América Latina.

Los detractores entendieron porqué nos centramos en Africa en el 2005. Era el único continente que se alejaba en forma alarmante de la mayoría de las Metas de Desarrollo para el Milenio.

Y mis colegas entendían que el mundo post 11 de septiembre destinaría los recursos a combatir el terrorismo y los lugares más explosivos de ese mundo, lección que volvimos a aprender con gran dolor en Madrid en 2004 y en esta ciudad el 7 de julio del año pasado, justo cuando estaba teniendo lugar la conferencia de Gleneagles.

Con todo, éstos no son motivos para no prestar plena atención a América Latina. Antiguos lazos de amistad y comercio; nuevos entendimientos de oportunidad económica y cultural exigen mayor y no menor atención.

De modo que he reflexionado sobre la naturaleza de nuestra relación, he conversado con el excelente cuerpo de embajadores latinoamericanos sobre nuestros intereses mutuos actuales y para la próxima década. Y ofrezco respetuosamente mis pensamientos esta noche.

Quisiera señalar algo sobre mi propio modo de pensar. Provengo de la izquierda progresista. He trabajado como economista en la vida académica y en la banca, pero cuando había logrado un éxito razonable en la banca, mi pasión me llevó de vuelta a dirigir mi sindicato, el de profesores universitarios. El banquero de inversiones de mi pasado ha observado las notables ganancias obtenidas por las bolsas de comercio latinoamericanas y, en el caso de Brasil, los valores monetarios durante el año pasado. El sindicalista que hay en mí observó algo un tanto diferente. Fue el elevado nivel de pobreza y el hecho de que el crecimiento económico aún no había llegado a los pobres. Observé los problemas del desempleo, colegios y hospitales desfinanciados, la exclusión de la mayoría de los mercados financieros y los derechos de propiedad.

Al igual que en el caso de cualquier otra región y continente, la prosperidad futura de América Latina dependerá de su éxito en el mercado internacional. Brasil y México no sólo son importantes socios comerciales para todas las grandes economías del mundo, sino que también desempeñan un papel clave en la formulación de las futuras reglas comerciales internacionales. Ellos y los demás países de América Latina tienen el potencial para ser importantes actores en el escenario mundial. Para desarrollar ese potencial, los países latinoamericanos deberán abordar el mismo desafío que enfrentamos nosotros: equilibrar la relación entre seguridad, desarrollo y derechos humanos - el grave problema de Kofi Annan en 2005. El círculo vicioso entre gobernabilidad ineficiente, inestabilidad y pobreza es bien entendido. El crecimiento económico sólo puede sustentarse con el respaldo de una sólida gobernabilidad y un rígido apego al imperio del derecho. Pero el crecimiento no puede ni siquiera comenzar a echar raíces en un entorno inestable.

Esta noche quiero dar una mirada a la relación entre seguridad, democracia y crecimiento económico en América Latina. Sostendré que la rigidez macroeconómica restringe artificialmente el crecimiento y la inversión y perjudica a los pobres. Pero lo que es igualmente importante para mí, los programas de inversión en infraestructura, orientados a la educación y la salud, que ayudan a los pobres, los pueblos indígenas me suscitan gran esperanza. No soy populista, ni mucho menos un economista socialista, pero entiendo y deseo comprometerme con el pensamiento que radica en el corazón de la justicia social y la oportunidad en América Latina.

En un mundo sacudido por el terrorismo internacional, desde el 11 de septiembre al 7 de julio en Londres, América Latina ha hecho considerables avances en materia de seguridad. Está libre de armas nucleares, químicas y biológicas. Se ha comprometido a la no proliferación y existe escasa demanda de misiles y ojivas nucleares. Es más fuerte porque ha suscrito convenios de fomento de la confianza y la seguridad entre más de 20 estados y, así, necesita gastar menos en el ámbito militar. Contribuye a la seguridad mundial a través de misiones de mantenimiento de la paz, tales como las de Haití y la RDC, donde soldados guatemaltecos dieron heroicamente su vida por el futuro de la RDC. Les debemos nuestros profundos agradecimientos y condolencias. Pienso que son lecciones para todos nosotros.

Y otra lección más. Al tomar un rol protagónico en el Informe del PNUD Nuevas Dimensiones de la Seguridad Humana, con especiales aportes de Chile, México y Canadá, hay una mejor comprensión de la relación que existe entre la seguridad nacional y la seguridad humana. La Conferencia Especial sobre Seguridad celebrada en México en octubre de 2003 fue de importancia mundial.

La conferencia estableció prioridades en cuanto a la relación con el tráfico de drogas y armas, la pobreza y privación social, el terrorismo, el crimen organizado, la guerra de guerrillas y organizaciones subversivas, la degradación del medio ambiente y los desastres naturales. No todos estos factores afectan a cada país con iguales consecuencias, pero nos señalan, como sus socios, dónde podemos colaborar mejor. Es su programa para nuestra ayuda y cooperación.

Y es promovido por la nueva estructura de las Comisiones Interamericanas en todas las áreas vitales.

Sin embargo, en Europa subsiste cierta ansiedad respecto de América Latina que tiene su base en una historia de inestabilidad. Sólo desde 1990, ha habido cinco golpes de estado, agitaciones sociales que han removido a otros ocho jefes de estado y 19 crisis militares o declaraciones de estado de emergencia.

La región tiene una tasa de homicidios mayor que la de cualquier otra en el mundo, de más de 25 por 100.000 cada año, si bien dos países ostentan niveles muy bajos - Uruguay y Chile, ambos por debajo de 4,6. Las víctimas, sean miembros de pandillas juveniles urbanas, víctimas de los maras en América Central o narcotraficantes en Colombia, Perú o México, son en su inmensa mayoría hombres jóvenes. Esto ha resultado en pérdidas para la región estimadas por el Banco Interamericano de Desarrollo en un 14,2 por ciento del PIB. A lo anterior se suman el robo, el secuestro y otros delitos.

Se conjuga una mezcla letal de narcocrimen, pobreza y amplia disponibilidad de armas pequeñas. Lo que no tiene una trascendencia real son los conflictos entre estados. Si bien existen disputas territoriales pendientes que históricamente han llevado a conflictos, actualmente constituyen un problema mucho menor. Me parece que la debilidad sigue siendo la falta de sistemas regionales de advertencia temprana, pero ese no es un aspecto importante.

Ahora los conflictos son transnacionales. Los actores claves suelen tener poca relación con el estado, si bien algunos pueden gozar de alguna protección estatal. Son los delincuentes internacionales involucrados en el tráfico de narcóticos, armas ilícitas y personas. No conocen fronteras, porque las fronteras estorban sus negocios mundiales. Procuran colonizar los espacios que dejan una gobernabilidad ineficaz y una práctica democrática débil.

Y sin duda ésa es la clave. La inseguridad que he descrito es el resultado de gobiernos incapaces de hacer valer cabalmente el imperio del derecho, que no tienen el monopolio del uso de la fuerza y donde la sociedad civil es demasiado débil o está amenazada como para desempeñar su papel íntegro en la estabilidad, ya sea a través de sindicatos, iglesias u organizaciones femeninas. Sospecho que podrán rebatirme que, a raíz de la exigencia de centrarse internamente en dichas vulnerabilidades nacionales, en las necesidades imperiosas de la población y en la construcción de instituciones democráticas eficientes, el rol de las instituciones internacionales puede ser más marginal de lo que podría haberse previsto.

Allí donde la gobernabilidad ha sido sólida ha seguido crecimiento económico. Simplemente, no existe un 'panorama económico regional' único ni mucho menos esperanzas de un área de libre comercio de las Américas. La diversidad en tamaño de los países y las economías es considerable.

Comparando los mercados emergentes, por cierto la volatilidad de los mercados latinoamericanos es sorprendente en contraste con Asia. El rápido crecimiento se ve interrumpido por bruscas contracciones. Recién a fines de la década de los 80 se intentó implementar reformas con la esperanza de aumentar las tasas de crecimiento o políticas de mercado para lograr un grado de estabilidad macroeconómica.

Los objetivos de los 80 fueron claros: eliminar los aranceles elevados y la sustitución de importaciones, racionamiento del crédito y mercados laborales excesivamente regulados. Sin embargo, el resultado demuestra que la reforma no fue totalmente acatada, lo que tuvo consecuencias. No hay nada inevitable en un resultado indiferente. Revisemos un par de ejemplos.

La economía de Brasil dejó atrás a casi todos los demás países desde 1948 hasta 1964, y creció en promedio casi un diez por ciento anual desde 1970 hasta 1974. Desde 1960 y durante 19 años, México creció un 6,5 por ciento anual y entre 1996 y 2000, un promedio del cinco por ciento anual.

Sin embargo, estos impresionantes resultados y reformas fueron interrumpidos prematuramente, originándose crisis financieras en México en 1994-5 y en Brasil en 1999 y 2002.

A los economistas internacionales les ha impresionado el hecho de que Chile haya logrado completar sus reformas. Comenzó temprano y ha reducido la deuda pública en aproximadamente un 30 por ciento. La inflación se ha mantenido baja durante diez años. Generó el éxito mediante aranceles bajos y liberalización del comercio, un camino que ahora es seguido en el NAFTA por México.

El mismo ímpetu ha llevado a reformas en otros lugares, mejorando los resultados económicos. Durante una década a contar de 1986, la inflación promedio en toda América Latina fue superior al 180 por ciento. Las cifras de 2005 muestran un promedio del 6,3 por ciento y en disminución, todavía más alta que la de las economías occidentales en desarrollo en conjunto, pero mejorando. Se están obteniendo utilidades; reducciones de déficits presupuestarios, tipos de cambio más flexibles y mejores relaciones deuda pública/PIB.

Mencioné las dos crisis de Brasil. Para completar el cuadro, en 1999 Brasil adoptó audaces medidas de reforma. En 2002 los especuladores plantearon al Presidente Lula (cuya Visita de Estado dentro de pocos días esperamos con gran interés) una prueba de cuán prudente sería esa postura macroeconómica, dada su ideología progresista. Tuvo éxito. Logró crecimiento, reducir la inflación y bajar el nivel de la deuda. Los mercados han aplaudido como habitualmente lo hacen, a través de clasificaciones de riesgo favorables. Y en lo que respecta a su propio pueblo, el número de quienes viven con menos de un dólar al día cayó en cuatro y medio millones, lo que es realmente notable. Y el fortalecimiento en el desempeño económico está a la vista en todos los países que han introducido la fijación de metas inflacionarias: Chile, Colombia, México y Perú.

No obstante, los contrastes persisten. En América Central y el Caribe, la relación deuda/PIB está a niveles insostenibles en general. En 2004, la relación de Jamaica era casi un 140 por ciento y la de Panamá superior al 70 por ciento. Ninguna economía puede ser fuerte de verdad con esos niveles, vulnerable a los shocks mundiales o a tasas de interés menos benignas.

Los exportadores claves de energía, que se benefician de altos precios, pueden parecer inmunes a tales consideraciones. A corto plazo, y especialmente en el caso de Venezuela y Bolivia, tal vez. La prueba para su suerte radicará en la manera de emplear sus ganancias para generar crecimiento a largo plazo, como ocurrirá en varios otros países. El sindicalista que hay en mí, conocedor de la experiencia empírica, pregunta si se logrará la eliminación de la pobreza, la construcción de colegios y hospitales, las metas tradicionales de los excluidos, sin políticas para atraer inversión y expertos al país.

Hago hincapié en la economía por dos razones. En primer lugar, determinará las decisiones de los inversionistas y socios comerciales del Reino Unido, de igual manera como los latinoamericanos adoptarán sus decisiones sobre nosotros. En segundo lugar, me ayuda a entender el espectro de las creencias ideológicas en el continente.

Respecto del primer punto, el magnate que trae consigo importantes inversiones en dinero y conocimientos técnicos sólo trabaja en forma óptima en economías liberalizadas. Actualmente los inversionistas mundiales se interesan en los países que construyen su base de conocimiento y capacitan a su próxima generación. Si el dinero es absorbido por el pago de una deuda masiva, no estará disponible para invertir en educación, porque hay demasiado poco espacio para ambos.

Si su objetivo es el crecimiento sustentable, entenderán a qué me refiero. Permítanme ilustrarlo citando a México, un país de gran interés. México ha invertido fuertemente y con éxito en alfabetización. Sin embargo, el Deutsche Bank Research informa que es el penúltimo en la OECD en términos de años de estudio en la educación formal. Sólo el 21 por ciento de los mexicanos ha tenido alguna forma de educación superior, en comparación con el 56 por ciento de Argentina y el 42 por ciento de Chile. México tiene un menor número de solicitudes de patentes comparado con todos los demás países de la OECD.

No obstante, el Índice de Actividades Tecnológicas de la UNCTAD muestra un país posicionado para un buen desempeño en materia de desarrollo tecnológico. Todos necesitan estarlo en el entorno comercial cada vez más competitivo globalmente. México goza de alta productividad laboral, mayor que la de Alemania. Consideren sólo lo que se lograría con un flujo de impuestos mucho más eficiente y mayor para invertir en capital humano y cerrar la brecha de la pobreza.

Y con respecto mi segundo punto, una interpretación política de la economía plantea cuestiones interesantes. Han surgido varios líderes políticos que enfrentan el problema de asumir el poder en economías con un buen crecimiento reciente y abundantes recursos naturales, pero donde los beneficios nunca llegan a los pobres. Ellos saben, todos nosotros sabemos, que los pobres entienden perfectamente bien cuando los marginan de los beneficios del crecimiento fuerte. De hecho, lo saben también la clase media y los profesionales. Hace tan sólo unos días, el Banco Mundial informó que el diez por ciento más rico de los latinoamericanos posee el 48 por ciento del ingreso total y el diez por ciento más pobre recibe apenas el 1,6 por ciento. Los programas en favor de los pobres ciertamente requieren concitar interés.

La percepción de las personas sobre la seguridad de vida ha sido determinada además por el impacto de la globalización. Las empresas transnacionales mueven capital, bienes y a veces personas de manera cada vez más compleja. La realidad, si bien difícil de reconocer para cualquier político, es que las naciones han perdido muchos mecanismos de poder económico.

Esto ha producido desconfianza en el Estado y en los políticos que con demasiada frecuencia han sido incapaces de reducir la inseguridad o de influir en las empresas que se muestran indiferentes a las necesidades de la gente.

A lo largo y ancho del mundo nos quedan algunos mecanismos de influencia. Somos más fuertes cuando pertenecemos a poderosos bloques comerciales, cuando encontramos el equilibrio exacto para regular los negocios sin restringirlos, cuando insistimos en los valores sociales corporativos: buena ciudadanía de las empresas. Y los gobiernos ejercen poderosas influencias políticas cuando enfatizan y recompensan la cohesión social y los valores sociales éticos. No es fácil alcanzar el equilibrio correcto entre estos factores, y el 11 de septiembre y el 7 de julio en Londres sacudieron violentamente el caleidoscopio. Si las personas sentían inseguridad y desconfianza antes, las experimentaron en mucho mayor grado después de estos acontecimientos. Esto cambió las relaciones internacionales y nacionales. Dentro del Reino Unido, puso aún más énfasis en el compromiso de este gobierno de acercar más las instituciones democráticas a la gente a nivel local.

Después de la elección general de 1997, iniciamos el camino hacia la reforma constitucional; el partido Laborista estaba orientado por un principio claro. Efectuaríamos modificaciones a los convenios soberanos sólo cuando conociéramos en términos inequívocos lo que denominamos 'la firme voluntad del pueblo'.

Entonces, ¿cuál es nuestra posición en el momento actual? La exigencia de cambio es poderosa, entendible y no menor entre los pueblos indígenas. Puede haber problemas comunes, pero ni los cambios buscados ni los líderes elegidos son todos iguales. Por cierto, la idea de que existe una corriente bolivariana es simplista. Las personalidades y los programas son considerablemente diferentes. Si en las elecciones de Perú en abril próximo, México en julio y, posteriormente, de Brasil y Ecuador se produjeran victorias izquierdistas, el gobierno del Reino Unido entenderá que es la voluntad del electorado. Una nueva generación de líderes. No podemos estar de acuerdo en todo, pero ello no es motivo para que no haya un compromiso serio entre todos nosotros, aunque espero que con menos retórica.

Nosotros también tenemos nuestras obligaciones. El diálogo es un camino en ambos sentidos. Más difícil si se interrumpen las relaciones comerciales normales o si alguien se aparta de las normas de la vida democrática o del respecto de los derechos humanos. Más fácil si nos comprometemos, si escuchamos con respeto y comprensión. Nos lo debemos mutuamente para infundir nueva vida a nuestro diálogo.

Permítanme sumarme a nuestro entendimiento mutuo. Pertenezco a un gobierno progresista de centro izquierda que también cree en el desarrollo de los mercados mundiales con pocas barreras, porque son los más pobres quienes sufren más como resultado de las barreras arancelarias. Soy un neokinesiano estilo Cambridge que cree en la democracia pluralista y no soy monetarista neoliberal estilo Chicago, que cree que el mercado lo es todo. No se trata de lo mismo sólo porque mencionamos los mercados liberalizados. Nuestra amistad con EE.UU. no cambia el hecho de que el nuestro es un modelo europeo de espacio democrático, económicamente menos proteccionista que algunos, pero nuestro modelo común es una economía basada en la justicia y la oportunidad.

Quizás muchos en esta sala navegan por la misma corriente.

Una economía sin lugar a la pobreza.

Sin lugar a niños carentes de colegio.

Sin lugar a que las personas cuya salud puede tratarse sufran porque no pueden pagar.

Sin lugar a la discriminación por raza, género u otro motivo.

Sin lugar a la violencia, el temor y la inseguridad cuando la comunidad y la pertenencia son posibles de alcanzar.

Sin lugar a la violencia contra los niños.

No podemos tolerar nada de lo anterior si está en nuestras manos cambiarlo.

Así, construyamos prosperidad, usemos aquello que funciona, no volvamos a fracasados dogmas económicos. Nuestra invitación a nuestros amigos latinoamericanos es simplemente a explorar cuántas de nuestras aspiraciones y motivaciones coinciden. Bien; tendremos nuestras diferencias. Pero no las tengamos respecto que aquellas cosas en las que podemos estar de acuerdo.

Muchas gracias.